

FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *Sagrada Biblia. Antiguo Testamento: libros históricos*, EUNSA, Pamplona 2000, 1504 pp., 22,5 x 15, ISBN 84-313-1772-8.

En las últimas décadas, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra ha estado llevando a cabo una edición de la Biblia, con traducción al castellano y anotaciones. Este proyecto fue un encargo de su Fundador y primer Gran Canciller, y tiene la finalidad primordial de hacer más asequible a los fieles la Sagrada Escritura. Tras la publicación de los libros del Nuevo Testamento, el comité de redacción ha emprendido la edición del Antiguo Testamento: hace cinco años apareció el volumen dedicado al Pentateuco, y ahora sale a la luz el segundo volumen, que incluye los libros históricos del Antiguo Testamento.

Cualquier traducción de un texto del pasado tiene que saber conjugar tradición y modernidad, fidelidad al original y necesaria actualidad. En el caso de la Sagrada Escritura, el reto es todavía más notable, porque toda edición de la misma deberá tener presente el significado del texto original, el enriquecimiento de sentido que ha experimentado a lo largo de su historia como texto vivo, y la significación más precisa que tal texto puede encontrar en el lenguaje de hoy.

Una adecuada respuesta a este reto difícilmente puede limitarse a hacer una traducción: para guardar de alguna manera la fuerza original de un texto, éste debe venir anotado. Ahora bien, la decisión sobre qué notas deben acompañar a los textos no es cosa fácil: ¿hay que explicar todo?; ¿debe privilegiarse la relación del texto con su origen en el pasado, o debe subrayarse lo que tiene de perenne y, por tanto, su significación en la actualidad?; ¿debe atenderse sólo al significado del texto en sí mismo, o debe añadirse el uso del texto en el seno de la Iglesia?

Proporcionan alguna orientación el capítulo sexto de la Constitución Dogmática «*Dei Verbum*» y la última parte del Documento de la Pontificia Comisión Bíblica «*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*» (1993). Desa-

rollar por completo lo que ahí se sugiere requeriría un trabajo inmenso, pero sirve de guía práctica lo que señala la Pontificia Comisión Bíblica como triple cometido de los exegetas con respecto a los textos bíblicos: mostrar su arraigo histórico; su alcance cristológico; y su dimensión eclesiológica. Estos principios de acercamiento a la Escritura son los que presiden el esfuerzo de los editores de la Biblia de Navarra, tanto en las introducciones que ofrecen a los libros, como en la traducción y las notas.

El presente volumen se inicia con una introducción general a los libros históricos del Antiguo Testamento. Cierto que, siguiendo una tradición que arranca ya desde la versión griega del Antiguo Testamento, también habría que tratar como libros históricos los cinco libros que componen el Pentateuco; pero los editores, ateniéndose a la tradición judía que asigna un lugar muy particular a los cinco libros de la Ley, se han inclinado por editar el Pentateuco por separado, y reunir en otro tomo el resto de los libros históricos. (Propiamente hablando, quizá habría que decir «libros narrativos», ya que la amplitud de base histórica varía según cada libro).

En la introducción general se da por conocida la formación del Antiguo Testamento a partir de tradiciones anteriores (aspecto que ya fue tratado en el volumen del Pentateuco), y se explican en cambio los avatares históricos que condujeron a la creación y desarrollo del pueblo de Israel, así como la composición progresiva de los libros en los que se recogió su historia.

Es sabido que la historia tal y como se narra en los escritos bíblicos no es una historia al modo como se comprende en el pensamiento occidental desde el siglo pasado. De ahí que la introducción general se detenga brevemente en lo que la investigación arqueológica y la historia profana dicen de los acontecimientos narrados en la Biblia (pp. 12-23). Esto da una idea de las características esenciales que tiene la narración bíblica histórica: posee una dimensión que ciertamente remite a hechos ocurridos; pero ve los acontecimientos desde la óptica religiosa, es decir, en el marco de la relación del pueblo con su Dios. Aún en este ámbito religioso, diversas tradiciones recogen enfoques distintos a la hora de juzgar los eventos. Por eso la introducción general se completa más adelante con introducciones particulares. Una introducción a lo que se denomina «historia deuteronomista» precede a los libros de Josué, Jueces, Rut, Samuel y Reyes (pp. 27-29); otra introducción a la «historia del cronista» se coloca antes de los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías (pp. 737-741); y, finalmente, una introducción a «los últimos libros históricos del Antiguo Testamento» antecede a los libros de Tobías, Judit, Ester y Macabeos (pp. 1.067-1.070). Estas cuatro introducciones, de carácter más general, dan el primer marco, histórico y literario, en el que entender los textos sagrados.

A lo largo del volumen, además, se va presentando cada uno de los libros de acuerdo con la siguiente estructura: primero, una introducción particular que describe la estructura del libro, el marco de composición, el mensaje central, y el significado que adquiere el libro en la tradición bíblica posterior, especialmente en el Nuevo Testamento; después viene la presentación tipográfica: la traducción castellana del texto bíblico en la parte superior, las notas en el cuerpo central y el texto de la versión latina de la Neovulgata en la parte inferior.

Los autores explican que los textos críticos utilizados para traducir el texto han sido la Biblia Hebraica Stuttgartensia, para el texto hebreo, y la edición de la Biblia griega de Gotinga para los textos griegos. También han tenido presente el texto de la Neovulgata, de la que se sigue la numeración de los capítulos y versículos.

En cuanto a la traducción, los autores advierten en la nota preliminar (p. 7) que buscan ante todo mantener la fidelidad al texto original —hebreo en su mayor parte, griego en los libros no aceptados en el canon del judaísmo post-bíblico—, con dos matices: intentan ofrecer una redacción castellana fluida, inteligible a «cualquier lector», y respetar en la medida de lo posible la terminología y las expresiones que se han hecho más conocidas y usuales en la traducción castellana de la Biblia. Se pretende que la lectura del texto comporte de por sí el entendimiento de lo que se lee; por tanto, se cuida de que la expresión castellana sea sencilla y evite tanto los modismos como las actualizaciones apresuradas. También se tiende a respetar las incoherencias que presenta el texto original, sin corregir al texto: el lector tiene así acceso más próximo al texto bíblico y sabe cuándo el original es claro y cuándo no lo es tanto.

En cuanto a las notas, son de dos tipos: notas a secciones o partes de un libro, y notas a pasajes particulares. Las notas a secciones tienen como fin ayudar a seguir el flujo de los acontecimientos del libro: explican al lector la idea central que preside la narración, de modo que los sucesos aparecen encadenados según una «economía». Estas notas ponen de manifiesto la estructura profunda, el esqueleto conceptual del libro, el mensaje divino expresado en términos narrativos.

Las notas a pasajes particulares se refieren normalmente a unos pocos versículos. Tales notas tienen un doble horizonte: uno que podría denominarse «horizonte contextual» y otro que sería el «horizonte de revelación». En cuanto a lo primero, las notas dan una explicación de términos que pueden resultarle extraños al lector, o información de carácter histórico. En cuanto a lo segundo, las notas apuntan al mensaje de fondo contenido en los textos. El camino para hacer patente ese mensaje es variado: arranca desde el sentido literal y llega

hasta el sentido espiritual. Los comentarios a los textos se basan a menudo en citas de Padres de la Iglesia, autores espirituales, y el Magisterio eclesial, en los que se percibe ese rumbo del sentido. (Al final del volumen (pp. 1.441-1.447) se reúne el elenco —algo más de un centenar— de los documentos citados).

A la hora de evaluar el volumen, conviene recordar la finalidad con que los editores han emprendido esta edición de la Biblia. No han proyectado una obra que ofreciera información enciclopédica; más bien han optado por ofrecer un libro sencillo al lector no especialista, que no domina los extremos de la exégesis bíblica. Pero, al mismo tiempo, la edición no quiere reducirse a lo banal, ni pasar por alto las dificultades hermenéuticas que puedan presentar los textos. La edición pretende, y consigue, una comprensión culta de los libros de la Sagrada Escritura.

Dentro de este planteamiento general, puede percibirse que algunos aspectos se privilegian sobre otros. Un ejemplo: es sabido que la Sagrada Escritura es más un mosaico de escritos que un cuadro bien definido en todas sus líneas, y que, por tanto, el comentario puede seguir dos caminos: hacer una apología de la diferencia, o subrayar el entramado común. El camino elegido por los editores es generalmente el segundo, como indica la abundancia de notas que remiten a otros libros de la Sagrada Escritura y como demuestra, sobre todo, la frecuente referencia al misterio de Jesucristo y la plenitud de la revelación que se da en Él.

La inserción en la tradición eclesial se aprecia en las notas, que tienen muy presentes las lecturas que se han hecho de los textos bíblicos a lo largo de la historia de la Iglesia. Se manifiesta así la percepción de la unidad de fondo de los libros sagrados. (Un ejemplo menudo pero significativo: el libro de Rut viene colocado entre el libro de los Jueces y los libros de Samuel, al igual que hacía la tradición canónica recogida en la Vulgata. Como se advierte en la introducción y en las notas, el libro no pertenece a la historia deuteronomista, y tampoco al género histórico de los libros que recogen esa historia; sin embargo, colocándolo de esta manera, se señala el lugar que tiene el contenido narrado dentro de la historia global de salvación

Finalmente, la edición quiere servir a la oración y a la vida espiritual. Se busca que, tras la lectura, el creyente tenga mejor aprecio de la acción salvífica de Dios en la vida de los hombres, y se sienta invitado a levantar los ojos al cielo. Conseguir este resultado —cosa que sólo podrán decir los mismos lectores— es, a nuestro juicio, determinante del valor de una edición de la Biblia, libro diseñado primordialmente como ayuda a la salvación.

J. José ALVIAR